

Mayra Beatriz
Martínez

*Edición crítica:
la extensión de los
discursos*

Podría suceder que, en el futuro, el hipertexto no sea solo un modo cómodo de manejar notas al pie o diferentes niveles de información, sino un patrón nuevo de sintaxis que, durante siglos, la literatura ha moldeado y cambiado.

BEATRIZ SARLO¹

En un texto publicado recientemente,² expresaba mi parecer en torno a la insuficiente –o, más bien, parcial– importancia que usualmente se atribuye al estudio del universo inmediato en que se enmarcan los documentos –*espacio contextual*–, a la hora de proceder a su edición crítica y, de igual forma, a la exigua consideración que se tiene, al realizar este tipo de trabajo, de las particularidades que alcanza la representación por parte de los autores de los mensajes dimanados de ese universo, o sea el espacio voluntariamente concebido a través de la palabra u otros medios afines –*espacio textual*. A mi juicio, sin embargo, apreciaciones semejantes pueden aportar mucho en torno al entendimiento de los motivos y propósitos del autor, y a esclarecer y ampliar los alcances de su obra para su mejor estudio –supuestamente, uno de nuestros objetivos.

Me refería entonces, en específico, al «trabajo con el espacio físico que puede resultar indispensable a determinado tipo de

¹ Beatriz Sarlo: «Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa», conferencia leída en Chile, mayo, 1997, publicada por *ARCIS-La Morada-Revista de Crítica Cultural*.

² V. Mayra Beatriz Martínez: «Editar *in situ* y editar al editor: reflexiones en torno a dos experiencias alternativas», *Islas*, 45 (138): 29-41; UCLV, Santa Clara, oct.-dic., 2003.

obras cuya referencialidad ambiental es muy grande»³ y, como muestra, abordaba de inmediato algunos aspectos de mi experiencia particular ante los *Diarios de campaña* de José Martí,⁴ una labor que, confesaba, no afrontamos de manera convencional respecto a la estructuración y confección de su aparato crítico, aunque sí operamos «canónicamente» en relación con la fijación del texto según lo que consideramos una rigurosa transcripción de los manuscritos originales. Los métodos a partir de los cuales concebimos su aparato crítico —condicionado por la concreta necesidad de facilitar a un lector no especializado el acceso a los saberes de los que es portadora la obra, y no circunscrito a la imposición automática de determinados procedimientos reputados por el ejercicio tradicional en tales oportunidades— pueden ser hartamente discutibles. De hecho, esta edición constituyó un ejercicio de investigación en extremo multidisciplinaria, cuyas derivaciones hacia diversos campos del conocimiento no estrictamente filológico o histórico —habitualmente los más implicados en casos semejantes— estuvieron determinadas por las propias exigencias temáticas del documento y por las prioridades que dimanaban de su carácter ancilar implícito, proclive al servicio⁵ y, obviamente, mediador de mensajes provenientes del entorno en función de la estructuración de un proyecto cultural identitario —caribeño y cubano— muy vinculado a la acción de su autor como dirigente ideológico y, luego, militar de la guerra que había puesto en marcha.

Los *Diarios de campaña* registran con evidente intencionalidad la convivencia en territorios del Caribe de determinados elementos culturales sobre los cuales —a juzgar por documentos programáticos anteriores como el discurso «Madre América», el ensayo «Nuestra América» o el más inmediato «Manifiesto de Montecristi»— Martí intentaba apoyar su proyecto de nación.⁶

³ Ob. cit.

⁴ José Martí: *Diarios de campaña*, prolog. y edición crítica Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar, La Habana, Casa Editora Abril, 1996.

⁵ Recordemos que en carta a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos, escrita el 10 de abril de 1895, desde el vapor Nordstrand y ya con rumbo a Cuba, le confiesa que su diario «En tiempos más serenos, podría ser, para servir luego a la explicación de los hechos públicos, casi siempre determinados, o torcidos, por la bondad o maldad de los caracteres personales» (José Martí: *Diarios de campaña*, ed. cit., p. 368).

⁶ V. Mayra Beatriz Martínez: «Identidad cultural en los textos de viaje martianos: Ya no podemos ser el pueblo de hojas», *Honda*, (9), 2003.

Específicamente en Cuba, asistido por un júbilo sin límite, hace espacio a la voz del campesino montuno, que, por primera vez es registrada en la literatura, a lo que suma su visión del contexto ecológico y de la cultura material que en él se ha propiciado, también como signos identitarios nacionales. Podría recordarse, al respecto, el testimonio que Froilán Escobar, en *Martí a flor de labios*, recogiera de la casi centenaria Mariana Pérez Moreira,⁷ quien, de niña, había presenciado el paso de Martí por las provincias orientales. Mariana rememoraba la curiosidad infinita del viajero: «A Martí no le daba pena preguntar cómo nosotros decíamos los nombres. Apuntaba en una libretica. Lo agarraba un entusiasmo cuando descubría algún saber. Quién iba a decirlo, siendo él el que era, aquilatado, supiente. ¡Habrás visto! Le encantaban las palabras con que mentábamos el monte nosotros los brutos. [...]».⁸ Justamente esa «libretica» era nada menos que el manuscrito del último de sus diarios —el de Cabo Haitiano a Dos Ríos— donde anotó muchísimos «saberes» nunca antes —y algunos nunca después— llevados a página impresa y que se alimentó de la confluencia de los múltiples relatos particulares de esos campesinos que él interrogara y de su capacidad de informar acerca de su realidad. Estos textos semejan una investigación antropológica social y cultural, donde el observador va haciendo desaparecer la distancia que lo separa de su objeto de estudio para incluirse progresivamente como parte participante y enriquecedora del sistema que refiere: así, dibuja una realidad en parte todavía virgen, con elementos que —según experiencia directa, es decir, como resultado evidente de un proceso cognoscitivo de base— selecciona y proyecta.

Homi K. Bhabha, en *El compromiso con la teoría*, ha de referirse a ejemplos similares: a «formas del discurso» que «producen más que reflejan sus propios objetos de referencia»,⁹ con lo que se destaca, en el caso del escritor, su papel activo en tanto agen-

⁷ Mariana Pérez Moreira era la sobrina de Caridad Pérez y Piñó, cuya casa Martí visitara el 19 de abril de 1995, de paso por Los Calderos. Allí Martí, Gómez, el resto de los expedicionarios y los miembros de la tropa guantanamera de Félix Ruenes, almorzaron. A esta estancia breve y a la historia de «la mambisa» Caridad, Martí le dedica un buen espacio en sus anotaciones. V. José Martí: *Diarios de campaña*, ed. cit., pp. 252-253.

⁸ Froilán Escobar: *Martí a flor de labios*, p. 98, Editora Política, La Habana, 1991.

⁹ Homi K. Bhabha: *El compromiso con la teoría*, <http://www.accpa.org/numero4/index.htm>.

te «constructor» de espacios contextuales a través de sus espacios textuales. No hace más que reafirmar la trascendencia del examen de ambos —espacio textual y espacio contextual— y de sus relaciones, como objetos de estudio para el investigador-editor, quien —como en el documento que nos ocupa, donde las referencias bibliográficas pertinentes aún hoy resultan escasas— muchas veces se halla ante la disyuntiva de recabar elementos de juicio en el propio entorno de concepción del texto, como único modo de reafirmar la fiabilidad de la transcripción e interpretación que se pretende proponer.

El propio Bhabha, por otra parte, alerta en torno al lado problemático de asumir las «exigencias históricas»¹⁰ —es decir, asumir un proceder «canónico»— a la hora de acercarnos a determinados discursos no centrales, como los *Diarios de campaña* —me refiero a los que proceden de los márgenes de la cultura oficial, al menos en el momento de ser generados—, e intentar una lectura de tal discurso de «otredad» a partir de presupuestos acreditados por el uso reiterado, o lo que es igual: leer lo aún no normado con instrumentos convencionales, lo cual, a mi entender, propicia mayormente la aparición de espacios ininteligibles, conflictivos o, al menos, dubitativos. Bhabha se lamenta de que el lugar habitual del «crítico académico»: «[...] está inevitablemente en los archivos eurocéntricos de un occidente imperialista o neocolonial»,¹¹ desde el cual no puede, primero, entenderse y, más tarde, comunicar los matices de una realidad que resulta en buena medida ajena a esos códigos eurocéntricos. Martí, de alguna manera, había previsto el peligro de limitar nuestro horizonte al estudio de los archivos y no consultar la vida cuando, desde «Nuestra América», se refería a «Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas» [quienes] «enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre.»¹²

Cabría al menos escuchar tal advertencia y, en los casos convenientes, —si no alcanzamos a proceder a conciencia «anti-

¹⁰ Idem.

¹¹ Idem.

¹² José Martí: «Nuestra América», *Obras completas*, t. 6, p. 22, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

canónicamente» en ajuste a las características del documento con que estamos trabajando — al menos intentar cuestionar a ese riguroso académico que todos llevamos apoltronado dentro — por educación, por hábito, por ajuste a requerimientos prefijados según perfiles y estilos editoriales; por comodidad y hasta por premura. Desde luego, sabemos que nuestro trabajo, de común, tributa y responde a proyectos preestablecidos, reglamentados hasta institucionalmente; pero podríamos coincidir en que un acercamiento diverso, complejo y desprejuiciado nos debe permitir presentar, al fin, un texto menos hermético y, especialmente, a tender puentes hacia nuestro propio mundo referencial e, incluso, hacia la contemporaneidad.

Generalmente, nos limitamos a la explicación de las diferentes aristas de los documentos, aportando datos aclaratorios históricos, geográficos o semánticos solo respecto a lo denotado — casi nunca referidos a lo que podemos colegir que se sugiere por parte del autor, limitados como siempre estamos por la presuntamente indispensable objetividad del conocimiento. Desde luego, solemos ampliar con información cruzada, es decir, complementamos nuestras aclaraciones a partir de referencias a otros textos — que pueden ser del propio autor. Pero es nuestro mayor prurito emplear fuentes «confiables», cuyos datos hayan sido obtenidos según procedimientos científicos y asentados en textos de reputación conocida: jamás información no libresca; nunca obtenida a partir de nuestra experiencia cercana, esclarecida por nosotros mismos, con lo que declaramos implícitamente nuestra insuficiencia. En resumen que, como norma, debemos terminar empleando información producida, archivada y suministrada desde lugares mayormente distantes a nuestro contexto, con mucha frecuencia también lejana al de la obra que trabajamos en cuestión, y según parámetros prestigiados, sobre todo, por el tiempo; como un buen vino europeo. Pero, ¿qué de nuestro vino?

Concentrémonos un instante en el uso que hacemos de las fuentes. La necesidad obvia de hallar información heterogénea condensada, de manera rápida y expedita, nos lleva en nuestra diaria labor al uso de los diccionarios enciclopédicos y enciclopedias monográficas, que están a nuestro alcance — y tal vez deberíamos detenernos en «nuestro alcance», pero no lo haremos. Como sabemos, este tipo de compilaciones, tal como se le

concibe internacionalmente, ha sido resultado directo del movimiento de la Ilustración, y de su deseo de hacer esta clase de obras accesible a todo el mundo —lo cual a la postre resultó, desde luego, en extremo relativo. De manera que desde sus orígenes —y estamos obviando antecedentes ilustres y diversos procedentes de todas partes del mundo, escritos durante la antigüedad, el medioevo y el renacimiento— estuvieron marcadas por la cultura de marras: occidental moderna, primermundista, cuya internacionalización ya va más allá de la industria del libro para posesionarse, abiertamente, de los soportes electrónicos.

Mientras tal cosa sucede, por lo general, nosotros seguimos acudiendo a nuestros viejos ejemplares de *Encyclopaedia Britannica* (publicada por primera vez entre 1768 y 1771) —la cual, curiosamente, pasó a pertenecer a una sociedad norteamericana desde 1920, es decir, que no es nada británica ella—; la *Encyclopedia americana* (1829-1833); la *Grande encyclopédie* de Larousse (1971-1978), amén de la *Gran enciclopedia Larousse*, de la editorial Planeta (1987-1990); y el *Diccionario enciclopédico Salvat universal* (1969-1976).

Claro, muchas veces podemos acceder a enciclopedias europeas que han intentado hacer espacio a cierto bagaje de información útil sobre nuestro entorno, como las obras españolas *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* (1883-1910), la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-americana*, de Espasa-Calpe (1908-1930) y, derivada de ésta, la *Enciclopedia Espasa*, en 22 volúmenes, a sabiendas de que no fueron concebidas desde nuestra óptica: las prioridades que establecen en su selección de tópicos y su desarrollo ulterior, se corresponden poco con nuestras expectativas. Hasta 1950 no se publicó una muestra de su género redactada en —y desde— América Latina: el *Diccionario Enciclopédico UTEHA*, de México, al cual muchos debemos acudir a diario.

A esta altura, casi todos hemos sido tentados por la manera más simple y cómoda de trabajar: a partir de las rutilantes enciclopedias multimedia, derivadas habitualmente de obras ya existentes en el soporte tradicional impreso —y no me refiero al acceso posible a información en sitios en web, vía Internet, por la misma razón obvia que me hizo antes no detenerme a ahondar en la expresión «nuestro alcance». La más consultada ha de ser, desde luego, la *Encarta*, publicada por Microsoft Corporation

en 1993 y actualizada cada año, que se basó en su inicio en la *Funk & Wagnalls New Encyclopedia* (1971) y que ha sido traducida a distintas lenguas (y «quemada» entre nosotros de todas las maneras posibles). Apenas consultando en la versión al español la entrada correspondiente a «José Julián Martí», cualquiera puede corroborar el mismo —y aún más acentuado— déficit atribuido a sus congéneres: lo elemental, lejana y tendenciosa que puede resultar la información ofrecida, a pesar de que —según se afirma en carta de su director editorial— entre sus asesores, redactores, editores y traductores trabajaron especialistas de «la veintena de países de habla española». Y bien: con este tipo de materiales nos vemos obligados a trabajar cotidianamente, espulgándolo, seleccionando a partir de nuestro propio «background», reorganizando y reinterpretando datos, complementándolos con textos más especializados a que podemos acudir, a falta de obras enciclopédicas generadas en nuestro propio terruño, o porque se trata de aspectos que, simplemente, nunca han sido registrados en la literatura que podemos considerar «científica».

La obligatoriedad del empleo de fuentes legitimadas pero insuficientes, imprecisas o inadecuadas a nuestros fines, fue especialmente subrayada por el autor en que me aplico desde hace unos años, quien diera más que muestras de afanes iluministas y un saber justamente enciclopédico para su tiempo, aunque bien afianzado en la más auténtica realidad de «las naciones románticas del continente» y «las islas dolorosas del mar»¹³ que nos pertenece: José Martí escribió —en particular sus ensayos y textos periodísticos— desde un angulado multidisciplinario, delatado por sus continuas referencias a fuentes bibliográficas de todas partes del mundo, de todos los tiempos y de todas las esferas del saber humano. Sin embargo no creo que fuera un usuario demasiado arrobado de obras enciclopédicas europeas, aunque sí se declaraba, indefectiblemente, admirador ferviente de cuanto compendio de conocimientos americanos fuera publicado, que reseñaba de ordinario para la prensa. Recuerdo, en especial, la referencia entusiasta que hace a «los libros del Padre Sahagún» en sus «Antigüedades mexicanas», de 1883, quien, a su juicio, «a no haber sido benemérito de la iglesia, lo fuera de la

¹³ Ob. cit., t. 6, p. 23.

historia mexicana».¹⁴ Y valoremos que Bernardino de Sahagún fue nada menos que el autor de la *Historia General de las cosas de la Nueva España*, una enciclopedia compiladora, a la manera medieval, de textos portadores de la sabiduría de los pueblos precolombinos del área mexicana: un inventario de conocimientos recogido a lo largo de veinticuatro años y a través de testimonios directos de informantes indígenas. Fue publicada por primera vez en tres volúmenes entre 1829 y 1830, edición misma que, tal vez, debió conocer ese Martí admirado y que, sin duda, debió influir en su modo de asumir el inédito mundo americano, más allá de las fuentes clásicas occidentales o los modos enciclopédicos libresco de la Ilustración, que eran los aceptados únicamente como buenos en el naciente mundo académico moderno. El padre franciscano había sido uno de los encargados de inaugurar entre nosotros tal forma de compendiar información: capaz de respetar al emisor —testimoniante directo de la experiencia— incorporándolo a su registro de manera no selectiva —al menos no abiertamente—, sino con intención democrática, dialógica. Resultaba significativo seguramente, a los efectos de Martí, el hecho de que, siendo eclesiástico y escritor español, Sahagún inaugurara una visión capaz de hacer espacio «al otro», presentándolo a través de su propia voz —no en balde a partir de los testimonios indígenas registrados en su *Códice Florentino*, el historiador Miguel León-Portilla concibió su *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*, ya en pleno siglo xx.

Martí, sin duda, intentó lo mismo, a la altura de su época y del modo brevísimo y entrecortado que le permitía su circunstancia, especialmente en sus marcadamente dialógicos *Diarios de campaña*. Llegado el caso de haber desbrozado como investigadores-editores el camino hacia las propias fuentes martianas —en busca de toda información que pudiera ampliar, explicar, desplegar su sugeridor entramado narrativo— no pudimos cerrar los ojos ante la evidencia de que muchas permanecían todavía agazapadas en la vida: no se podía entender ese cuerpo literario como gnosis, como conocimiento absoluto, sino en tanto proceso del que apenas —en virtud de la infinita capacidad de concisión y sugerencia de que en él se hace gala— se nos

¹⁴ Ob. cit, t. 8, p. 327.

señalaban los caminos de acceso. Eso implicaba para nuestro trabajo reconocimiento y asunción del propio método relativista martiano, comprometimiento con el proceso mismo seguido en la concepción del documento, so pena de traicionarlo. Me adhiero al criterio de Beatriz Sarlo respecto a la necesidad de profesar «el relativismo como piedra de toque en nuestras convicciones multiculturales»,¹⁵ y airear, gracias a ello, nuestras estrictas y asépticas metodologías.

Es así como hace diez años, y sin estar atados, por suerte, a demasiadas estipulaciones editoriales previas que nos limitaran, enfrentamos la gratísima tarea de realizar la edición crítica de los *Diarios de campaña*. Algunos calificaron en su momento nuestra propuesta de «comentada» o «anotada»,¹⁶ por el modo desenfadado con que adoptamos determinadas soluciones de trabajo. Ignoraban, sin embargo, el proceder nítidamente «canónico» según el cual se interpretó, transcribió y reprodujo el texto original, lo cual conseguimos en parte gracias a los caminos poco convencionales que no vacilamos en emprender. En el proceso no solo hicimos confluir conocimientos establecidos por las más diversas disciplinas académicas, sino que, en la medida en que el avance en nuestro trabajo lo iba exigiendo, decidimos proceder «hipotéticamente», definiendo diferentes objetos de estudio para ser investigados *in situ*.¹⁷

Realizada la lectura preliminar de los dos diarios que deseábamos publicar por vez primera como un solo texto — *Páginas de un diario* (de Montecristi a Cabo Haitiano) y el hasta entonces denominado *Diario de campaña* (de Cabo Haitiano a Dos Ríos) —, y de sus sucesivas ediciones, pudimos hallar transcripciones diversas, dudosas, o francamente espacios en blanco para expresiones que, según rezaba en las acotaciones, eran ininteligibles en el original. En efecto, al cotejar estas versiones contra los manuscritos martianos, observamos que el grado de deterioro del material obstaculizaba en muchos momentos la lectura; pero,

¹⁵ Beatriz Sarlo, ob. cit.

¹⁶ En torno a posibles definiciones de los distintos modos de edición de textos, puede consultarse Misael Moya: «Categorías de trabajo en edición de textos: breve experiencia con publicaciones cubanas y extranjeras», *Islas*, 45 (135): 27-48; UCLV, Santa Clara, ene.-mar., 2003.

¹⁷ V. Mayra Beatriz Martínez: «Editar *in situ* y editar al editor: reflexiones en torno a dos experiencias alternativas», ed. cit.

en algunas ocasiones, el problema era otro: las propuestas de intelección conocidas o nos parecían improbables o francamente desatinadas, a partir de la contradicción evidente que se establecía entre contexto y texto. Resultaba patente el uso, en algunos de tales momentos, de formulaciones que a todas luces fueron concebidas apriorísticamente, solo a partir de formas especulativas de investigación, donde primaban la intuición más o menos enriquecida por el conocimiento libresco. Así, creímos insuficiente sumarnos al concierto y sugerir apenas una nueva interpretación acudiendo a nuestras pretendidas habilidades grafológicas, atenernos al resultado que podría brindarnos el estudio lexicológico del resto del *corpus* literario martiano u optar por el respeto estricto por aquella versión anterior que nos pareciera más respetable, entre otras variantes habituales. Determinamos, entonces, dar cabida junto a estos proceder al cotejo directo de la obra con el entorno material que la enmarcara, como criterio de verdad. A todas luces, hasta ese momento no se había tenido en cuenta la información que podía aún aportar el medio donde fuera concebida y al cual temáticamente respondía. Se imponía, entonces, el empleo de métodos empíricos, que son los que nos permitirían garantizar selección, acumulación y análisis de información inicial, no recogida hasta entonces por ningún medio, y garantizarían la comprobación de nuestras representaciones teóricas previas.

Siempre hago referencia a que este camino de investigación genuinamente contextualizada que decidimos seguir respecto a los *Diarios de campaña*, lo inició Nuria Grégori con su edición del de Cabo Haitiano a Dos Ríos, de 1972. Uno de los ejemplos paradigmáticos de su proceder nos parece el desentrañamiento de la expresión en apariencia martiana «lírica del lechuzo», recogida en las ediciones precedentes, que solo hacían repetir su transcripción original de 1940 —versión insertada cronológicamente en la primera publicación del diario del Generalísimo Máximo Gómez, entre las páginas 289 y 325—,¹⁸ a partir de la cual debieron erigirse, a lo largo de décadas, ejercicios críticos que incurrieron en embarazosos paralogramas.¹⁹ Gracias al conoci-

¹⁸ Máximo Gómez: *Diario de campaña*, Ed. Talleres del Centro Superior Tecnológico Ceiba del Agua, La Habana, 1940.

¹⁹ Por ejemplo, en la edición de las *Obras completas*, se lee: «Caza sinsontes, pichones, con la lírica del lechuzo». (Ed. cit., t. 19, p. 220.)

miento de los contextos semántico y ecológico que condicionaron el texto, Grégori consigue elucidar acertadamente la caligrafía martiana y propone: «liria del lechugo», o sea la resina que sirve de pegamento y que se obtiene al tajar la corteza del lechugo (*Sapium jamaicensis*), muy abundante en Baracoa, la zona que atravesaban en esos instantes la expedición Martí-Gómez.

Nos propusimos, a partir de la nueva transcripción que hicimos de los manuscritos, realizar pesquisas semejantes pero en los propios escenarios de los acontecimientos narrados: separar objetos específicos de estudio e intentar la búsqueda con el uso de métodos empíricos del conocimiento. Necesitábamos un entendimiento dable únicamente a la percepción primaria, dirigida a los objetos y fenómenos de la realidad. Tras una fase documental donde acumulamos lo que nos parecía suficiente información teórica —a través del análisis crítico de toda o la mayor parte de la literatura existente en torno al tema—, pudimos formular una serie de hipótesis que podríamos demostrar o no en el curso de la investigación.

Las necesidades que iban surgiendo determinaron el cumplimiento, en la fase de documentación, del estudio comparativo de las ediciones anteriores; el estudio de bibliografía contemporánea al texto en dos sentidos: los documentos que se conservan escritos por Martí durante el mismo período —cartas, manifiestos, proclamas, órdenes— y los diarios paralelos que redactaron otros combatientes que participan en los mismos acontecimientos —los expedicionarios Máximo Gómez y Ángel Guerra—; y el estudio de bibliografía multidisciplinaria en pos de la interpretación del texto y su contexto —de temas fundamentalmente histórico, lexicológico, geográfico, biológico, etnológico y acerca de la cultura material de la época.

Esta preparación nos llevó a la detección y solución de los más sencillos nudos problémicos. Por ejemplo, según nuestra interpretación de la caligrafía martiana, el día 19 de abril —correspondiente a su paso por Los Calderos, en Guantánamo— en vez de «Pedro Gómez», como había aparecido en todas las ediciones anteriores, nosotros llegamos a leer: «Pedro Gamez». La veracidad de nuestra intelección pudimos fácilmente

comprobarla al acudir al diario de Gómez, donde describe el mismo episodio y se refiere a «Pedro Games».

Pero, llegado al momento, se nos impuso la necesidad de corroborar hipótesis en torno a aconteceres y entidades no registrados en la literatura. Como forma más elemental de obtención de conocimiento nos aplicamos a la observación externa directa, intentando reproducir las circunstancias y condiciones naturales en que se generó el texto —época del año, medio de locomoción, tiempo de estancia en los lugares— y usamos como medio auxiliar la fotografía. Además, utilizamos como método entrevistas a los pobladores de la zona —receptores de una sabiduría que ni en época de Martí, ni aun ahora se halla en su totalidad registrada en libros. El propio Martí, como mencionábamos antes, realizó una apropiación bien adelantada del discurso popular de la cultura, haciendo su texto permeable a las voces de aquellos combatientes y campesinos, héroes y villanos, hombres y mujeres, negros, blancos, mestizos, pobres y ricos, que a su paso fue encontrando. Solo volviendo a ellos era posible realizar la comprobación de sus saberes. Fueron conversaciones de carácter individual e informativo, apenas para comprobar hipótesis referidas a aspectos de orden práctico, como puede ser la factibilidad de acceso a sitios precisos o identificación y descripción de elementos de la cultura material inherente a la zona.

Lamentablemente, solo pudimos realizar una parte de la ruta final martiana: la correspondiente al recorrido por Cuba, recogido en su último diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos. Los objetivos de estudio principales fueron los posibles emplazamientos de los campamentos y sitios de paso importantes; el cotejo de la toponimia a lo largo de todo el recorrido; el registro, dentro de lo asequible, de la flora y la fauna; la verificación de elementos de la cultura material aludidos; y, muy especialmente, la comprobación de la existencia de evidencias materiales que corroboraran el paso de la expedición —edificaciones o sus restos, árboles centenarios, etc. Por suerte, esta investigación contaba con un antecedente —aunque realizado con otros objetivos—,²⁰ que había reunido testimonios de ancianos quienes, siendo muy

²⁰ V. Froilán Escobar: *Martí a flor de labios*, ed. cit.

niños, conocieron del paso de Martí. Eso nos permitió trazar más claramente nuestros objetivos.

Puedo incluir, a manera de muestra, la descripción de una de las más sencillas investigaciones parciales realizadas, donde se combinaron la observación y la encuesta.

Tema

El campamento habitualmente fijado en la Yaya por reconstrucciones anteriores de la ruta.

Objetivo

Determinar si ocurrió o no allí una larga permanencia del grupo mambí, que pudiera calificarse como «campamento».

Presupuestos

Las reconstrucciones de la ruta realizadas hasta entonces lo fijaban como campamento de la noche inmediata anterior al encuentro de la expedición Martí-Gómez con Maceo en La Mejorana —del 4 al 5 de mayo—, pero ni el diario de Martí ni el de Gómez lo consignan. La última carta que envía Martí a Maceo, precisamente la noche del 4, parece evidencia de que no se han movido de la zona donde permanecen hace tres días: la fecha en Jarahueca. La informante Martha Ortiz Martínez afirma haber escuchado de labios de Ninita Ferié —testigo del paso de los expedicionarios— la aseveración de que partieron directamente de Jarahueca hacia La Mejorana, al amanecer del día 5 de mayo. En la carta ya mencionada enviada por Martí se evidencia una urgencia por ir al encuentro del Titán que no parece hacer lugar a dilaciones innecesarias. Ante estas contradicciones, se formula la hipótesis.

Hipótesis

No hubo campamento en la Yaya, sino que fue un lugar de paso.

Tareas investigativas

Comprobar si era posible el traslado directo entre Jarahueca y La Mejorana de una tropa a caballo, al paso, acompañada por infantería, entre el amanecer y el mediodía de la misma jornada.

Métodos

Observación

Se realizó el recorrido a pie en las condiciones referidas y por el camino más viejo que se recuerda en la zona.

Encuesta

A vecinos de la zona, quienes realizan habitualmente el trayecto a pie y a caballo. El cuestionario fue:

- 1) ¿Cuántas posibles rutas pueden seguirse de uno a otro punto?
- 2) ¿Cuánto demora realizar el trayecto usualmente?

Resultado

Las entrevistas, en todos los casos, afirmaron la posibilidad de llegada a La Mejorana desde Jarahuca entre el amanecer y el mediodía, por cualquiera de las rutas a seguir. Fue efectivamente posible en la práctica realizar por parte nuestra el recorrido en las condiciones fijadas.

Conclusiones

La deducción confirma la hipótesis: no hubo necesidad de acampar en La Yaya, aunque pudo ser sitio de descanso breve de paso a La Mejorana.

A partir de esta comprobación sistemática, salieron a la luz más aspectos contradictorios, que se relacionaban con yerros o inexactitudes en los datos colectados por Martí y que deberían ser consignados y esclarecidos por el aparato crítico. Como, por ejemplo, la confusión en torno a la fecha de su paso por la hacienda Kentucky: al cotejar el texto martiano con el de Gómez, habíamos advertido que mientras el primero ubica el descanso en Kentucky el 1º de mayo, el otro lo menciona en su relato del día 2. Solo la reconstrucción de la ruta y el ordenamiento de las distintas locaciones visitadas durante el trayecto, nos permitió advertir la confusión martiana, y, a un tiempo, intuir que el acontecer de las jornadas no fue registrado día a día, sino cuando existía el sitio y el tiempo propicios. A esa razón terminamos atribuyendo, pues, algunos de los errores detectados.

Esta experiencia *in situ* fue muy importante, también, en lo concerniente a la fijación definitiva del texto. Mediante observación y entrevista supimos, por ejemplo, que teníamos razón

al entender, en el relato del 1º de mayo, «Vuelta Corta» —tal y como todavía se registra hoy el toponímico— a pesar de que Martí olvidara trazar la tilde, y no «Vuelta Corba» como proponían las versiones anteriores. O leer «Tontina» —que es su nombre aún— y no aceptar la transcripción tradicional «Fontina».

Por supuesto, este material empírico, producto de la investigación directa del contexto, fue capaz de suscitar la aparición de nuevos problemas e inspirar otras hipótesis, que se tornaban nuevos instrumentos en el proceso de investigación. Finalmente el abordaje casuístico de los diferentes objetos de estudio que componían el sistema del texto, y la descripción de los resultados parciales en la aplicación de los métodos empíricos, permitió estructurar un conjunto referencial capaz, a nuestro juicio, de dar explicación al documento y ampliar su sentido. Este aparato crítico fue compuesto, finalmente, por varios niveles de información comprobada: notas al pie de página, que recogían acotaciones a la transcripción de los manuscritos y precisiones en torno a los hechos, personajes, objetos y usos citados; glosarios de flora y fauna; índice onomástico, donde se incluyen las personalidades más representativas mencionadas en los diarios; y una profusión de fotos y reproducciones fotográficas útiles al entendimiento del documento.

Pero esto no quiere decir que renunciáramos a incluir, además, algunas de aquellas hipótesis no comprobadas que pudieran constituir fundamento asentado para futuras investigaciones: como la relacionada con el presunto aspecto que podía haber adoptado Martí al tratar de burlar la vigilancia a que se hallaba sometido en República Dominicana y Haití. Al llegar a la altura del 6 de marzo, en el diario de Montecristi a Cabo Haitiano, detectamos una incongruencia sospechosa en el relato. Nos parecía extraño el hecho de que Martí relacionara dos visitas relativamente próximas a la barbería —el día 3 ó 4, y el día 6 de marzo, a raíz de la cual apenas menciona «la silla donde el pinche empolva al que se alza de afeitarse»—, lo que nos hizo pensar en otro propósito distinto de un simple pelado. Presupusimos que podría haber acudido para afeitarse de una manera no habitual —es decir, no de la forma que podría hacer por sí mismo—, por ejemplo, para hacer desaparecer totalmente el bigote y la mosca que lo caracterizaban, tal vez, con el propósito de pasar inadvertido y partir de incógnito rumbo a Cuba. Como

dato adicional a esta explicación en una nota al pie, sumo una cita del detallado informe del doctor Pablo A. de Valencia, quien realizó la autopsia al cadáver de José Martí y señala la presencia en su rostro de un «bigote fino y poco poblado», lo cual sucede poco más de dos meses después de las visitas de marras a la barbería. Un elemento que entonces no consignamos en el aparato crítico, pero que para nosotros fue vital a la hora de decidirnos a incluir la acotación al respecto, fue el haber advertido, al repasar los testimonios de los ancianos que fueran en su infancia testigos de la ruta martiana por nuestras tierras orientales recogidos en el ya citado *Martí a flor de labios*, que ninguno hace referencia a su tupido bigote, sin lugar a duda, el rasgo más distintivo de su fisonomía. Al contrario, ellos se referían apenas a un bigote ralo, incipiente. No dimos, desde luego, nuestra hipótesis por confirmada, pero sí adjuntamos toda la explicación —menos lo referente a los testimonios, porque nos pareció un argumento demasiado vulnerable por parte de los puristas— y aun conseguimos que especialistas trabajaran digitalmente una de las fotos últimas de Martí —tomada en 1894— para incluirla: aparece, entonces, sin su bigote, con el aspecto aproximado que debería tener al partir de Cabo Haitiano de ser cierta nuestra presunción.²¹

No quisiera terminar estas deshilvanadas notas sin dejar constancia de que, tras esta intensa experiencia que fue la edición crítica de los *Diarios de campaña* —de la cual me separa ya una década— y a pesar de que en mi trabajo actual hago dejación de los métodos que entonces usara —porque he de ajustarme imprescindiblemente a normas mucho más rígidas y a causa de limitaciones materiales, de la premura con que debemos proceder en pos de compromisos de impresión en determinadas fechas o de las específicas expectativas del receptor especializado a quien nos dirigimos—²² e incluso por sobre las críticas desfavorables que aquel trabajo en su momento pudiera habernos atraído, continúo convencida de que la estructuración de un aparato crítico no solo puede ni debe sustentarse en un conocimiento asentado sino que ha de apoyarse, cuando las necesida-

²¹ V. José Martí: *Diarios de campaña*, ed. cit., p. 188.

²² Trabajo como investigadora en el equipo que se ocupa de las *Obras completas. Edición Crítica* de José Martí, en el Centro de Estudios Martianos.

des del proceso lo indiquen, en un conocimiento obtenido por los propios editores en pos de objetivos específicos.

La investigación ha de ser multidisciplinaria y, al propio tiempo, contextualizadora al precio que cada documento demande. Dado el caso, los editores hemos de sentirnos en capacidad de crear un espacio de convivencia entre prácticas académicas y no académicas, canónicas y no convencionales, que enriquezcan y a un tiempo deshermeticen en lo posible la propuesta literaria, y le permitan al lector promedio asimilarla desde los más diversos anclajes ●

Rcn

Z²do

L²v

W

MUESTRA DE ABREVIATURAS PALEOGRÁFICAS

Z^{do}
Z

Fernando,

Formi

forma

Francisco

Francisco

García

García

general

general

gracia

gracia

hacer

hacer

Hernández

Hernández

Ih^o xp^o

Ihesuchristo